

SERGE I. ZAÏTZEFF, ed. *Julio Torri y la crítica en los años ochenta*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1989.

Una de las consecuencias menos positivas del desorbitado crecimiento de la literatura hispanoamericana de los últimos años es la pasión por los escritores de última hora y la falta de interés en escritores de un pasado no precisamente remoto. Frente a la avalancha de estudios sobre los novelistas de rigor, escasean o faltan por completo estudios críticos y ediciones rigurosas de autores, si no tan llamativos, merecedores de mayor atención de la que se les otorga. Cuando por añadidura consideramos el número de escritores que apenas se conocen fuera de sus respectivos países —César Moro es ejemplo cabal—, tenemos que reconocer que se están creando huecos y lagunas realmente impermisibles, que hay autores de valor que corren peligro de desaparecer del conocimiento de los vivos para convertirse en artefactos de biblioteca. Frente al renovado interés por López Velarde, no se toma en cuenta a otros que, aunque quizás no sean de la misma categoría, en su momento contribuyeron de modo importante a la cultura mexicana.

Paradójicamente, hay autores que están cobrando cada vez más vigor como figuras vitales cuya contribución se reconoce hoy más que antes. Entre estos últimos figura Julio Torri (1889-1970), creador de una obra delgada, irónica, escritor de minorías casi arquetípico. Con motivo del centenario de su nacimiento, ha habido recientemente un verdadero auge editorial de Torri, en gran medida debido a la labor del profesor canadiense de origen francés, Serge Zaïtzeff. Afortunadamente cuenta México con este incansable y dedicado estudio de escritores casi al punto de desaparecer, autor de numerosos estudios y ediciones de toda una serie de escritores mexicanos, entre ellos Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Ricardo Gómez Robelo y Carlos Díaz Dufoo Jr.

Torri le interesa a Zaïtzeff de manera especial; ya antes del libro que aquí comentamos había publicado *Diálogo de los libros* (1980), recopilación de prólogos y textos no coleccionados, y el epistolario de Torri con Alfonso Reyes; *El ladrón de ataúdes* (1987), que añade una serie de textos en su mayoría desconocidos; *Julio Torri y la crítica* (1981), selección antológica de trabajos críticos de diversos autores, aparecidos entre 1964 y 1979; y su propio *El arte de Julio Torri* (1983), merecedor del Premio Villaurrutia de ensayo. Todos estos libros aúnan la misma incansable y amplia erudición con el amor por la obra de Torri y la percepción de los matices más sutiles.

Ahora nos presenta Zaitzeff una nueva selección de veinticuatro notas y artículos dedicados a Torri, esta vez aparecidos en revistas y periódicos de México y del extranjero durante la década de los ochenta. Además de los materiales seleccionados y la introducción, se incluye la última versión de la cada vez más rica bibliografía de y sobre Torri que mantiene al día Zaitzeff en sus diversas publicaciones. Los artículos son de una gran variedad, desde recuerdos cariñosos de exalumnos hasta ensayos que enmarcan a Torri dentro de su época o subrayan los rasgos más intensos de su obra. Torri parece despertar el espíritu travieso y la ironía en sus comentaristas: Gustavo Luis Carrera habla con regocijo del "otro Julio Torri, el inefable don Julio en bicicleta" (23) y recuerda con cariño a este "profesor fuera de lo común" (23). José Balza dice que leer a Torri es voltear la realidad. Abundan los comentarios sobre sus predilecciones donjuanescas; Fernando Curiel lo llama "empedernido amante de secretarias, sirvientas y estudiantes tejanas" (24). Otros comentaristas hablan de la posible razón, increíblemente absurda, de su ruptura con el amigo entrañable Reyes; varios hacen juego ingenioso con la parquedad de su obra y el tamaño creciente de su fama, y algunos quisieran frenar esta fama como si amenazara a otros escritores más prolijos. Más exacto es José Emilio Pacheco al decir: "Tuvo Torri el acierto de darnos la quintaesencia y ocultar el farrago" (56). En una época en que las novelas parecen ser cada vez más largas, estamos con Pacheco cuando añade: "de manera no del todo consciente obra en nosotros la gratitud a un autor que podemos leer completo en sólo una tarde". Los ensayos abundan en percepciones y comentarios ingeniosos que casi podrían formar antología. Por ejemplo, Marco Antonio Campos llama a Torri explorador de extrañezas, y otros señalan su espíritu contradictorio, inverosímil. Pacheco comenta que "Torri es inexplicable sin Reyes, y para entender a Alfonso Reyes es preciso leer a Julio Torri" (59).

Uno de los mejores y más sustanciosos artículos, por inteligente, escéptico y cariñoso, es el de Enrique Krauze, que retrata el impacto de la Revolución en los ateneístas, y cómo Torri, casi único entre ellos, permaneció en un México convulso escribiendo desde su precario exilio interior. Añade Margo Glantz que Torri da la espalda a la situación del país, prefiriendo su azarosa vida de solterón mujeriego y la aún más azarosa vida interior de escritor y bibliófilo, y señala ella a la vez la cercanía de actitudes críticas y hacia el país que lo unen con Lizardi.

Enfatiza Marco Antonio Campos el papel de Torri como ensayista,

con su empleo de una ironía a veces casi invisible, y el hecho de que con Torri comienzan a esfumarse las fronteras entre los géneros:

Con Torri empiezan tal vez entre nuestros escritores las mayores dificultades para determinar géneros. El ensayo y la reflexión breve y el relato y el poema en prosa y la estampa y la fábula y el diálogo y la paráfrasis y el aforismo y la anécdota y la nota suelta y el artículo y la semblanza pueden tener vida independiente o a veces cruzarse o a veces fundirse entre sí (19-20).

Beatriz Espejo señala otra de sus innovaciones, la ciencia-ficción.

Hay que dedicar un comentario aparte a las cuatro notas de Zaitzeff que cierran el libro: "Julio Torri, precursor de Julio Cortázar", "Vasconcelos y Torri: un diálogo incompleto", "Torri y Orozco: una colaboración desconocida", y "Julio Torri y España". En el primero señala Zaitzeff algunas analogías con Borges, para luego comentar que la cosmovisión de Torri es esencialmente cortazariana, con su rechazo de la razón, de la lógica y de "la seriedad mal entendida y de la solemnidad" (79). Una alusión que encontramos a través de estas notas y que merece mayor desarrollo es la sugerida pero nunca aclarada semejanza con Novo en el amor por la ironía, la brevedad, el frecuente empleo de un humorismo "británico" y la perspectiva desmitificadora. Frente al desbordante y a veces excesivo vigor de la literatura actual, agudiza la mente poder volver de vez en cuando a un escritor como Torri, para quien lo no-escrito servía para enmarcar aún mejor la brevedad y la concisión de la inteligencia. Les debemos las gracias a los autores de los ensayos aquí reunidos y a su editor, Serge Zaitzeff, por esta contribución a la mayor comprensión de un autor cuyas complejidades apenas estamos comenzando a comprender.

FRANK DAUSTER

*Rutgers University*